

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

*Los jóvenes y el sentido
de la vida*

3

Mariano Donadío 7
y Carlos Guyot

Postales de juvenlandia

Martín Ricur 13

**La Iglesia joven
de Argentina**

Marguerite Léna 23

Educación y Valores

Rafael E. Sassot 33

Iuvat Vita!

Vale la pena vivir

C. Hoevel 41

**Educación y
contemplación**

Ron Austin 51

Hollywood y los jóvenes

Florian Pitschl 55

**"Si no os volveis como
los niños"**

Thérèse de Lisieux 68

Mon chant d'aujourd'hui

Virginia Azcu 69

**Cuando el instante se
llama Jesús**

Julia Alessi de Nicolini 81

**La glorificación de la
Trinidad**

La Iglesia Joven de Argentina

*por Martín Ricur**

Esta nota debe mucho a varios artículos de Fragmentos, revista para adolescentes publicada por el Equipo de Pastoral Juventud de la Diócesis de San Isidro.

En 1993, en Denver, medio millón de jóvenes se dieron cita para renovar su fe y encontrarse con el papa Juan Pablo II. Uno de los días previos a la Jornada Mundial de la Juventud, los jóvenes de habla hispana se reunieron con el Cardenal Pironio para conversar sobre la Iglesia. En un momento dado, uno de los animadores repitió la conocida frase “los jóvenes son el futuro de la Iglesia”. Entonces un joven centroamericano pidió la palabra y colorida y expresivamente se quejó: los jóvenes no somos el futuro de la Iglesia; somos el presente de la Iglesia. Fue ovacionado.

Muchas veces caemos en ese error tan común: creemos que los jóvenes serán partícipes solamente en el futuro y que durante este tiempo deben aprender de sus mayores. Pero los miembros más jóvenes de nuestra Iglesia contemporánea tienen motivos para ser considerados parte del presente eclesial y, aún más, pueden ser considerados verdaderos ejemplos para sus mayores. Sería interesante hacer una enumeración –aunque sea incompleta– de las actividades que realizan en nuestro país.

1. Las misiones de verano

Sin duda, misionar es una de la actividades más importantes de la Iglesia joven en nuestro país. No sólo por ser una de las experiencias más fuertes en la vida de los adolescentes sino también porque son muchísimos los jóvenes que la hacen.

*Martín Ricur, 1966, sacerdote de la Diócesis de San Isidro. Prepara una tesis de licenciatura sobre la Teología de San Buenaventura.

Actualmente hay más de 1.000 grupos registrados y se cree que hay muchos más sin registrar. Con el efecto multiplicador consecuente: podríamos decir que todos los jóvenes con vida eclesial se han encontrado en algún momento con alguien que volvió de misionar y han escuchado sus palabras cargadas de alegría, han visto su cara llena de paz y sus ganas de contar a todo el mundo lo vivido.

¿Cuál es el secreto de esos quince días durmiendo poco, caminando mucho, comiendo lo que sea, rezando intensamente, dando y recibiendo? No hay palabras que definan lo esencial. Es algo que sólo se conoce al vivirlo de verdad. Quizás algunas pistas ayuden a darnos una idea: visitar a los que están solos, escuchar al desanimado, meditar la Palabra de Dios con personas jamás antes vistas, saber escuchar, aceptar un mate aunque hagan 30 grados de calor, en definitiva, una experiencia intensa de la vida de la Iglesia.

El grupo misionero

Es un grupo de chicos y chicas (a veces no son mixtos) acompañados por un sacerdote, que comparten el llamado del Espíritu de Jesús Resucitado, y quieren ser instrumentos útiles de la Iglesia, anunciando que el Reino de Dios ha llegado. O dicho de otro modo: Un adolescente conoció a Jesús, y se dispuso a seguirlo y comprender su evangelio. Un día, un amigo le recordó que mucha gente no conoce “en serio” a Jesús. Otro día, otro amigo lo invitó a meterse en un grupo misionero, y terminó preparándose para misionar en el interior.

Renunciar a las vacaciones

La decisión de ir a misionar parte de una renuncia a las vacaciones, porque los grupos viajan siempre en esa época. Quizás éste sea el primer punto positivo de misionar. Renunciar a algo es una buena práctica. Es la primera decisión, y encierra en sí misma un acto de fe y de entrega.

¿Cómo es un día de misión?

No hay un esquema rígido ya que cada grupo se adapta a las características del lugar. Hay varias cosas en común que

nunca faltan: la oración en grupo, las celebraciones diarias, las visitas a las casas, las actividades con la gente. Dormir en el piso, bañarse con una manguera, ampollarse por el calor.

La vida del grupo misionero

Adolescentes viviendo en condiciones precarias, alejados de sus costumbres, mal dormidos y un poco hacinados, no suele ser una combinación recomendable. Pero la conciencia de representar a la Iglesia de Jesús –“que nos quería unidos”–, el esfuerzo personal y abundante colaboración del Espíritu Santo, lo hace posible. Los jóvenes aprenden a vivir en grupo, tomar decisiones conjuntas, servir a los demás y distribuir y delegar tareas al mismo tiempo que aprenden a cocinar en ollas de 50 litros, limpiar los baños, distribuir las casas que van a ser misionadas y baldear el galpón para la catequesis.

Pero mucho más fuerte es la experiencia de la oración cotidiana. Necesitan rezar para “cargar las pilas”. Sienten la obligación de rezar por todos los que han conocido y por los que les han pedido oraciones. Necesitan rezar porque se saben incapaces de cambiar los corazones y creen que Dios sí lo puede hacer.

Durante la misión además suelen descubrir lo que es la liturgia de las horas. Así entienden el sentido de la vida monástica y la oración de la iglesia en general. Además, no faltan la meditación y la oración con la Palabra de Dios ni las adoraciones eucarísticas –“como la Madre Teresa”. Esta experiencia de oración, que culmina con la misa diaria, deja en sus corazones una marca profunda.

Los valores redescubiertos

Y salen a visitar la gente en sus casas... Este es uno de los baldazos de agua fría: el primer contacto con un pueblo pobre con infinidad de carencias. Es impresionante descubrir que no tienen luz, ni agua, ni hospital, como la gente, ni con un tren que los conecte con el mundo, ni colegios...

Los jóvenes misioneros se encuentran frente a frente con el pobre, que adquiere un rostro concreto y real. Y una sorpresa los espera. Ese hombre, esa mujer, pobres y con tantas necesidades, empiezan a abrirse. Les cuentan cómo son, cómo viven, sufren y celebran. La sencillez y sinceridad de la gente humilde regala una lección inolvidable.

Pero no todo termina con el diálogo: les ofrecen compartir el único pedazo de pan, bajan frutas del único árbol fértil, desnudan su enorme confianza en los planes de Dios, muestran su solidaridad con los vecinos y disfrutan de lo poco que tienen.

Ser testigos

Los jóvenes misioneros también sufren el rechazo y los cuestionamientos. Los primeros “no me interesa” golpean su ingenuidad y hacen tambalear su esperanza. Allí el apoyo en los demás y en la oración es fundamental. Es la ley del misionero: contar los fracasos y escuchar las anécdotas de los que tuvieron un buen día. Las lágrimas se transforman en risas y el espíritu de comunión se hace tangible.

A veces no es el rechazo lo que duele sino el descubrirse sin respuestas para el que cuestiona la fe. Durante las largas sobremesas los misioneros tratan de esbozar razones y descubren el entretejido que une la fe y la inteligencia.

La Iglesia misionera

“Crecés un montón. Te enseñan tantas cosas. Y pensar que uno se queja por tantas pavadas. Vale la pena. Nos fuimos haciendo hermanos de verdad”. La Iglesia que misiona crece. No hay duda que es la mejor y más completa experiencia eclesial que los jóvenes tienen hoy.

2. Promoción social

Muchos chicos, con los años, encuentran imposible ir a misionar. El trabajo, el estudio y el noviazgo ya no les permite disponer de 15 días para dedicar exclusivamente a las misiones.

Pero la cosecha de 4 o 5 misiones también da otros frutos. El tiempo les ha enseñado que no hace falta ir muy lejos para descubrir a los necesitados o marginados por la sociedad. Además, se enteran que cerca de donde viven también hay algunos locos lindos que están trabajando para mejorar su mundo.

Son muchos los que van a dar una mano voluntaria a las guarderías y comedores infantiles. Suelen colaborar en los planes de apoyo escolar o alfabetización de Caritas, cubrir un turno en los comedores, organizar eventos a beneficio o acompañar a los trabajadores sociales en sus visitas.

A medida que van avanzando en sus carreras, ayudan en tareas cada vez más específicas: servicio social, odontología, psicopedagogía, farmacología, ciencias de la alimentación, derecho, psicología son las especialidades más escuchadas.

3. La música cristiana

También tenemos en nuestro país jóvenes que asumen la evangelización por otros caminos.

¿Quién no conoce una banda de chicos que aman lo que ellos llaman música y los vecinos califican con palabras impronunciabiles? Son los que pasan horas en el garage o el altillo copiando a sus ídolos del rock, pop, tecno, reggae o blues.

Todos comparten el amor por la música pero no todos tienen los mismos valores (aunque se vistan igual, y metan el mismo ruido). Todos sueñan con grabar un CD u organizar un recital pero algunos tienen intereses inimaginados: "Queremos expresarnos a través de la música y usarla como medio de evangelización. Siempre con un lenguaje joven y contenido cristiano".

La música de los 90

El desafío era el siguiente: "¿Cómo poder disfrutar la música que los 90 nos propone sin tener que venderle el alma a nadie?" Parece que desde lo alto "soplaron" las respuestas y muchos hoy se dedican a componer e interpretar música con climas y mensajes sustentados en el Evangelio y están dispuestos a aportar valores para el desarrollo de un hombre mejor.

En nuestro país, la mayoría de estos grupos de música cristiana tienen alguna vinculación con la Renovación Carismática donde la música es considerada un "ministerio". Los grupos más nuevos han ido evolucionando hacia ritmos más populares. De ahí que se puede escuchar palabras parecidas a las de los profetas con un ritmo de lo más "heavy", "blues" al Santísimo, algún rock para María. ¡¿Qué diría Santa Cecilia?!

En realidad, esto no es nuevo en el mundo. Y prueba de ellos son los multifestivales David (España), Magnificat (Italia). De Bron (Holanda), Hosanna (EE.UU), Banuev (Buenos Aires para una Nueva Evangelización) y tantos otros en Latinoamérica.

4. La peregrinación a Luján

Si hablamos de acontecimientos populares, no podemos dejar de mencionar —como tantos medios— lo que sucede en la ruta que une San Cayetano de Liniers y la Basílica de Luján todos los años el primer sábado de Octubre.

Casi un millón de jóvenes camina 70 km. creando uno de los signos más asombrosos de la fe en la Argentina. El peregrino no es un simple caminante sin rumbo. Conoce muy bien su punto de llegada. Un pedido a la Virgen, una promesa, una acción de gracias o el amor filial lo lleva hacia Luján. No le asustan las dificultades que el camino le presenta. Sabe bien que no camina solo.

¿Quiénes son? Es imposible determinar la procedencia de tantos jóvenes. Es reconfortante ver a peregrinos de todos los niveles sociales, realidades económicas y culturales. Es un signo de comunión muy fuerte aunque las diferencias entre las realidades de los católicos —a veces también abismales— sea patente.

Y es oportunidad para muchos gestos solidarios: cualquier persona que tenga dificultades inmediatamente se descubre asistida por muchos "samaritanos". Pero además, miles de estudiantes de diferentes ciencias médicas pasan 24 hs. prestando sus generosos y aliviadores servicios en los centenares de centros de atención organizados por la Cruz Roja, Defensa Civil y otras instituciones.

5. Los grupos de oración

Otro signo importante de la vida cristiana de los jóvenes son los numerosos encuentros, retiros, campamentos y jornadas que organizan para crecer en la oración y profundizar el encuentro personal con Dios.

Estos grupos, por lo general, no pertenecen a ningún movimiento en particular aunque tienen estilos bastante parecidos.

Sus pilares son la oración común, la Palabra de Dios, el compartir experiencias en pequeños grupos, el silencio, el lugar apartado y los signos y gestos sacramentales. Además, los que han participado de uno de esos encuentros sienten como una obligación de dar una mano para organizar otros similares.

Su origen

Tienen diversos orígenes, como los Cursillos, La Comunidad de Taizé en Francia, la experiencia de los grupos misioneros, los grupos de oración mariana, etc., y una característica que llama la atención: hay un cambio constante de formas, a medida que los jóvenes organizadores se enteran o experimentan cosas distintas en diferentes lados. Podría decirse que no hay una única o unas pocas escuelas de oración sino un intercambio muy dinámico de experiencias.

Los jóvenes que convocan estos momentos de oración suelen crear pequeños movimientos de influencia local que asombran tanto por su cantidad como por su atomización. No hay nada que se parezca a algún tipo de comunión orgánica.

Los círculos

Muchos de estos movimientos sugieren a los jóvenes que, concluida una etapa, formen pequeños grupos o "círculos" para ayudarse mutuamente a crecer en la fe. Si bien son pocos los que perseveran más de tres años, son importantísimos en la vida de los chicos. En los encuentros quincenales o semanales comentan cómo les ha ido en su compromiso de fe y en sus propósitos, piden ayuda para reafirmar la fe o discernir los espíritus y rezan los unos por los otros y sus intenciones. Son el lugar por excelencia donde desarrollan amistades cristianas que los acompañarán en el futuro.

6. Los jóvenes y las instituciones

Por último, nos detenemos a hacer una breve consideración. Toda esta actividad juvenil, generalmente es realizada con poco o ningún contacto con las instituciones de la iglesia. Es sabido lo reacios que son los jóvenes a todo tipo de instituciones. Como muestran los diferentes sondeos, esta característica está como exacerbada en estos tiempos. Comúnmente esta actitud se atribuye a las diferentes desilusiones que los jóvenes sufren respecto del mundo de los adultos. Y probablemente sea cierto, incluyendo la Iglesia.

Pero creemos que este motivo no explica totalmente el problema. Hay instituciones que gozan de cierto reconocimiento y

son valoradas por los jóvenes. Aún así, los jóvenes son reacios a acercarse y participar en ellas. Probablemente esto se deba a que en las instituciones las cosas ya están decididas y sus ideas y expectativas no suelen ser escuchadas o, mejor, comprendidas (con excepción del mundo de la recreación). Este alejamiento de lo institucional también puede ser una consecuencia de la brecha generacional, cada vez más amplia, y de las dificultades de comunicación entre la cultura adulta y la cultura juvenil.

El resultado es que los jóvenes no se interesan por lo que hay organizado para ellos y optan por organizar ellos mismos lo que creen que es bueno. Y esto tiene lados buenos y lados malos.

Es admirable, por ejemplo, lo que son capaces de hacer solos, sin ayuda. También es buena la espontaneidad e inocencia con que encaran sus proyectos, más pretenciosos que lo que la madura prudencia recomendaría. Además, difícilmente caigan en la vana ideologización de lo que hacen. Les son muy claros sus límites que sufren a menudo. Y saben que lo importante es lo que se hace y no lo que se declama.

Por otro lado, adolecen de perspectivas a largo plazo. No visualizan etapas para sus intuiciones y sus proyectos. Sólo cuentan con su inexperiencia y a veces se desilusionan y pierden la esperanza de poder cambiar algo para mejor. Además, lo que ellos hacen, al ser tan atomizado, tener tantos matices diferentes, tantos nombres distintos, es poco conocido en el mundo de los adultos e incluso, entre sus coetáneos de poco o ningún compromiso eclesial. Esto impide que resplandezca todo lo que tanto esfuerzo debería iluminar. Y hace que sea difícil ayudarlos.

Iglesia joven e Iglesia adulta

Finalmente, hay que decirlo, parecería que la situación es aceptada por los cristianos adultos y también por los pastores. Siempre es riesgoso generalizar pero podemos afirmar que son pocos los laicos adultos que acompañan o por lo menos, están al tanto de las actividades de los jóvenes. El "presente" de la iglesia joven tampoco suele ser mencionado en los diferentes documentos y discursos de la Iglesia en la Argentina (Cfr., como ejemplo, las líneas pastorales para la Nueva Evangelización). Incluso la presencia en todas estas actividades de muchísimos sacerdotes jóvenes, suele darse sumamente desconectada del resto de la vida eclesial. De todos modos, la mentalidad juvenil

no parece pretender de los adultos de la Iglesia en Argentina más que esta aparente indiferencia.

Por eso, y como expresión de deseo cerramos citando a los obispos reunidos en Santo Domingo: "Nos proponemos ejecutar las siguientes acciones pastorales: reafirmar la opción preferencial de los jóvenes proclamada en Puebla no sólo de modo afectivo sino efectivamente; esto debe significar una opción concreta por una pastoral juvenil orgánica, donde haya un acompañamiento y apoyo real con diálogo mutuo entre jóvenes, pastores y comunidades. La efectiva opción por los jóvenes exige mayores recursos personales y materiales por parte de las parroquias y de la diócesis..." (n. 114)